

4to Congreso Estudiantil de Investigación del Sistema Incorporado

Título: Daimón y Dialéctica en el pensamiento de Sócrates

Clave de registro: CIN2016A40016

Escuela de procedencia: Escuela Preparatoria Mixta Nezahualcóyotl

Autor: Sandra Pérez Barragán

Asesor: Omar Saúl Islas Peña

Área de conocimiento: Humanidades y Artes

Disciplina: Filosofía

Tipo de investigación: Documental

Lugar y fecha: Chimalhuacán Estado de México, 19 de Febrero de 2016

En este trabajo intentaremos mostrar la relación entre la dialéctica socrática, el método filosófico para acceder a la verdad, y el concepto de daimón o personalidad individual. La idea central es que si existe un tipo específico de daimón, tal como el de Sócrates mismo, entonces la dialéctica puede desarrollarse adecuadamente. Pero si existe otro tipo de daimón, tal como el de los sofistas o filósofos errabundos, entonces no se podrá desarrollar el método dialéctico.

Palabras clave: método dialéctico, daimón, sofistas,

In this paper we will try to show the relationship between the Socratic dialectic, philosophical method to find the truth, and the concept of daemon or personality of each individual. The central idea is that if there is a kind of daemon, such as the Socrates himself, then the dialectic can develop properly. If there is another type of daemon, such as the Sophists or itinerant philosophers, then the dialectic can not develop.

Key words: dialectic method, daemon, Sophists

Daimón y dialéctica en el pensamiento de Sócrates

Para Sócrates la dialéctica es el método del que se vale el filósofo para realizar una búsqueda constante del saber a través del diálogo (Apología 22a-23a; Hippias Mayor 304c Sofista 230), pero, para que se pueda llevar a cabo este método, se requiere un elemento previo en quien lo busque desarrollar, esto es: el daimón. Éste se entendía como intermediario, un elemento divino que conectaba al hombre con el mundo de los dioses, como algo característico de ciertas personas, (Apología 27; Banquete 203; Fedón 107) tal y como es entendido el carácter o personalidad de un individuo. Ahora bien: ¿Cuál es la relación que existe entre el concepto socrático de “daimón” y el método dialéctico? ¿Es necesario que posea cierto daimón el filósofo para que pueda hacer un uso de la dialéctica dirigido a la búsqueda del saber? ¿O es que cualquier sujeto puede emular el método sin importar el daimón que posee?

La tesis que defenderemos, y que dará respuesta a las preguntas anteriores, será la siguiente: para que pueda desarrollarse el método dialéctico, entendido como medio para la búsqueda de la verdad, es necesario que exista un cierto carácter o personalidad en el filósofo que lo desarrolla, es decir, un cierto daimón, un daimón socrático.

Los sofistas afirmaban poder enseñar la virtud, pero no creían en una búsqueda desinteresada del saber, pues la virtud que pregonaban transmitir era guiada por una remuneración económica. De aquí surge el problema de saber si el carácter o personalidad influye en cómo se busca acceder al saber: la personalidad de los sofistas los orillaba a buscarlo por cuestiones económicas, mientras que para Sócrates era una búsqueda desinteresada. Y en esto reside la importancia de este trabajo: rescatar la idea socrática según la cual la búsqueda del saber no debe estar guiada por fines económicos, como pasa en nuestra época, sino que debe ser visto como algo que enriquece al ser humano.

Para establecer la relación entre daimón y dialéctica en el pensamiento de Sócrates es indispensable clarificar qué es la dialéctica, después hay que exponer

en qué consiste el concepto de “daimón”, para, por último, establecer qué tipo de relación guardan ambos.

La manera en cómo abordaremos el tema será desde un punto de vista netamente bibliográfico. Indagaremos en los primeros diálogos de Platón, en algunos textos de Jenofonte, tal como su *Apología* y su *Recuerdo de Sócrates*, así en bibliografía especializada actual relacionada con el tema.

Daimón socrático

El daimón aparece en la religión griega como seres bastante imprecisos. Eran identificados originalmente con el destino, es decir, el que repartía la vida; es por esto que “daimón” comenzó significando “el que reparte”. Más tarde fueron vistos como deidades de rango inferior, representados como mitad bestia y mitad humanos.

En todas estas formas de ver al daimón, la idea de fondo es la misma: son seres que median, esto es, seres que se encuentran entre la divinidad y la vida humana. Ya sea como quienes estipulaban el camino de la vida de alguien, o ya sea como dioses menores. En este aspecto la función que tendrá el daimón será de conexión entre dioses y hombres (*Banquete* 203a). Y esta idea de mediación continuará, será pulida y presentada por Sócrates en los diálogos platónicos y en recuerdo de sus discípulos más allegados tales como Jenofonte.

Platón describirá al daimón como interioridad o conciencia individual; incluso puede ser entendido como “conciencia moral”, utilizando palabras de Snell (1965, 231). En la *República* (617e ss), por ejemplo, Platón menciona que el daimón y el alma se encuentran antes de llegar a este mundo en un individuo particular, determinando el género de vida que se llevará. Es decir, en este caso el daimón está asociándose con la individualidad, la forma en cómo será cada individuo a lo largo de su vida. En otras palabras, el daimón será el “genio divino” (*Timeo* 90a), como la personalidad de cada individuos, su carácter. Desde este punto de vista, el daimón será un facultad que permitirá dirigir a cada individuo en

los derroteros terrenales. Permitirá que cada individuo particular pueda elegir entre distintas vías de acción, entre distintas posibles situaciones.

Sócrates incluso habla de su daimón como un “signo” (*República*, 496) como una peculiaridad que le decía qué hacer o no; se le manifestaba de manera esporádica cuando Sócrates se enfrentaba a una acción específica y lo guiaba para tomar la mejor decisión. “La experiencia le demostró que el desobedecer aquellos avisos tenía por lo general consecuencias desagradables” (Taylor, 1969, 36).

[...] también sostiene que el daimón se comportaba con Sócrates como Atena con Ulises, concediéndole una cierta sagacidad para orientar su vida e iluminar sus pasos en las situaciones confusas e inaccesibles para la sabiduría humana. (Luri, 2004, 157)

Jenofonte continuará con esta línea de pensamiento, cuando hablando del juicio de Sócrates, por el cual perdió su vida, afirma que no quiso preparar su defensa para poder mostrarse como inocente ante la situación. Por el contrario, su daimón le guió a tomar la decisión que morir era la mejor opción en ese momento. De esta manera Sócrates habría evitado la amarga experiencia de morir bajo la decadencia física que a todos llega en cierto momento de la vejez. (*Apología* 14-19).

Para entender con mayor precisión esta idea general del daimón como guía o consciencia, baste con un ejemplo. En el *Banquete* (174d) platónico se describe una situación en la cual Sócrates acompañará a una comida en honor de Agatón, el ganador de un concurso de tragedias. Después de ser invitado, Sócrates se queda perplejo en un sitio. No se mueve y únicamente ve a un punto fijo. Aquí podemos notar claramente la manera improvisada en que el daimón recurre al filósofo. Y más, aparentemente, en ese momento de ensimismamiento, lo que pasaba por la mente de Sócrates no era otra cosa que llegar a una hora específica a la comida para así poder desarrollar la temática principal del diálogo, a saber, el amor. En otras palabras, el daimón guió a Sócrates, lo dirigió a una

cierta acción, para que el filósofo estuviera en el momento adecuado en la fiesta y así poder abordar el tema filosófico que, incluso, cavilaba y preparaba en su mente.

Pues bien, queda claro que el daimón, para Sócrates, era esa voz interior, o conciencia, que lo guiaba en su comportamiento de vida; pero la guía que le daba era de un alta valor, pues lo conducía para tomar la mejor decisión y actuar siempre *sabiamente*. En este caso su daimón era único y siempre estaba del lado de la sabiduría y el conocimiento, pues en ningún momento lo guiaba para actuar en contra de estos designios. Así, la vida que tenía Sócrates era tal por el daimón que poseía. En este sentido, todo su pensamiento y aportaciones filosóficas, que sus discípulos transmitirán a la posteridad, no eran otra cosa que reflejo de su daimón. Por él, Sócrates filosofaba y actuaba de cierta manera.

Ahora bien, ¿esto quiere decir que no cualquier persona podría desarrollar un pensamiento filosófico como el de Sócrates sin la presencia de un daimón como el suyo? ¿podría alguien guiado por un daimón distinto generar una vida, un comportamiento como el de Sócrates, el cual siempre estuvo guiado por el conocimiento y la Sabiduría? Al parecer la respuesta es negativa. Sólo un daimón tal y como lo describimos arriba, permitiría que alguien tuviera una vida regida completamente por la búsqueda del bien y el saber.

Pensemos en los sofistas, aquellos maestros ambulantes de la vieja Grecia que iban de lugar en lugar pregonando poder enseñar la virtud a favor de una remuneración. Estos personajes, que aparecen en la vieja Grecia por la necesidad de saber sobre política, sobre qué es lo mejor para uno mismo y la ciudad, serán los primeros filósofos que pedirán una remuneración económica a cambio de sus conocimientos. Cabe destacar en este punto que Sócrates jamás obró de esta manera. Para él, que guiaba su vida bajo los designios del saber, era contrario al espíritu filosófico exigir un pago por transmitir el saber. Recuérdese que la figura de Sócrates era la de un filósofo que iba errabundo por toda la ciudad de Atenas cuestionando el saber que tenían ciertas personas, esto con el fin de llegar a un verdadero saber, transmitirlo y, así, no quedarse con un saber

aparente. De esta manera, Sócrates transmitía conocimientos, después de una exhaustiva búsqueda, completamente ajeno al proceder sofista.

Volviendo a lo sofistas, ¿estos filósofos poseían un daimón que les permitiera desarrollar una búsqueda constante del saber de manera desinteresada semejante al trabajo socrático? ¡Abiertamente no! Trasímaco, el sofista, por poner un ejemplo, era un personaje que tenía un daimón, una guía de vida, bajo otros intereses. Para él el reconocimiento era lo esencial. Su vida la guiaba pensando, según el primer libro de la *República* (338c ss.), por la ventaja que podría tener sobre los demás. Según este sofista, la injusticia es una virtud, es decir, actuar según tus propios intereses, en beneficio de la propia persona, es virtuoso. Esto lo lleva a desarrollar una postura donde el más fuerte, el más audaz, es el que dicta todo: qué es lo bueno, lo malo, justo, etcétera; todo esto incluso en detrimento de otras personas.

El saber y el conocimiento para Trasímaco, entonces, son elementos que deben ser tomados como ventajas para vivir bien, a expensas incluso de dañar a otros individuos. Y más, si alguien quisiera saber cómo dirigirse en una vida semejante, debería remunerarlo económicamente para enseñarle cómo actuar de tal manera.

No cabe duda que esta forma de conducirse por la vida es completamente contraria a la seguida por Sócrates. Ambos, sofistas y el filósofo ágrafo, se comportan de forma diametralmente opuesta. Para aquéllos el beneficio personal es lo primordial en la vida, mientras que para éste lo es el conocimiento y la sabiduría que debe ser transmitida sin más. Ambos, en conclusión, poseen un daimón completamente distinto. De tal suerte, para actuar semejante a Sócrates, se requiere un daimón específico, pues éste determina la manera en cómo se conducen los individuos por la vida.

[En Sócrates] Su daimón poseía la más alta categoría entre los daímones. Es decir, sería el más próximo a los dioses y, por tanto, el más divino de todos. Al estar dirigido por un protector

semejante, Sócrates ordenaba su vida de manera perfecta. (Luri, 2004, 159)

Dialéctica socrática

La constante búsqueda por el saber por parte de Sócrates se basó en el diálogo. Éste fue la herramienta primordial de la cual se valió para acceder y comunicar el saber de algo. ¿Por qué el diálogo? Es digno de notar que, incluso las enseñanzas de Sócrates, nos han sido transmitidas por medio de diálogos, tanto desde la parte de Platón como de otro discípulo suyo, Jenofonte. ¿Por qué no se desarrollaron sus enseñanzas a la manera de un manual, tal como conocemos la enseñanza de la Filosofía en nuestra época? ¿A qué se debe que las obras donde encontramos casi de primera fuente el cómo fue la persona de Sócrates son un conjunto de conversaciones que recuerdan al teatro? La razón la podemos encontrar en que (Lledó, 2008, 18 ss.) lo que buscaba el filósofo debía ser tratado de forma directa, y sin mediaciones. Es decir, lo que intentaba Sócrates era crear un intercambio vivo y directo de las ideas con sus interlocutores. Saber de primera mano las opiniones y argumentos de las personas que creían tener un cierto conocimiento.

En el diálogo *Laques*, por ejemplo, Platón nos presenta la figura de Sócrates cuestionando a un general sobre qué es la justicia. La razón de recurrir a este personaje es que él es un militar y, para Sócrates, sería extraño que alguien ostentando un papel como ese no supiera qué es la justicia, cuando la labor central de su trabajo es impartir y ejercer la misma. *Laques* inicia dando ejemplos de actos justos, pero Sócrates le reprocha que él no busca ejemplos, si no una definición de “justicia”. Es así que en una discusión viva y directa *Laques* se va dando cuenta que lo que él tenía en mente originalmente no era una perspectiva correcta de la justicia. El concepto original se fue modificando de tal manera que al final ambos, tal vez no hayan llegado a una solución completamente satisfactoria para las dos partes, pero lograron saber más de lo que inicialmente se pensaba.

En este caso el filósofo no pedía un pago por el discurso y el intercambio vivo de las ideas; su único objetivo era la búsqueda de la verdad sin más.

En otros diálogos Sócrates procede de la misma manera. Su forma de filosofar es una búsqueda constante (*Apología* 38a). Jamás acabará la indagación por el saber, por el conocimiento. De esta manera, el diálogo es la mejor manera de estar en un constante viaje por ampliar los conocimientos que creemos poseer, ya que el lenguaje, a diferencia de un soliloquio, es compartido o colectivo. Para que haya lenguaje tal como lo conocemos requerimos de una contra parte que reciba el mensaje, y es aquí donde se encuentra la razón de por qué elegir un diálogo para transmitir el conocimiento: se busca un constante intercambio de ideas, donde se discutan, amplíen, debatan y rechacen algunas que son infundadas.

Pero para desarrollar un diálogo que permita ampliar los conocimientos, justificándolos y enriqueciéndoles, así como un diálogo que rechace conocimientos injustificados, es necesario un método o procedimiento adecuado para ello. No sólo es llevar a cabo un intercambio lingüístico y así depurar los conocimientos e ideas infundadas. Si así fuera, cualquier individuos podría llevar a cabo un examen filosófico tal como Sócrates lo hacía. Pero la realidad es que es necesario un proceso para poder desarrollarlo. A éste se le conoce como Dialéctica o método dialéctico. ¿En qué consiste de manera detallada este método para acceder a la verdad?

El método de la dialéctica significa “conversación”, es decir, debate entre dos o más personas. Aunque no se excluye de ninguna manera un debate interno y personal. (Taylor, 1969, 131) Pues bien, la primera parte del método dialéctico consiste en aceptar previamente un concepto y discutir su viabilidad. Es decir, se inicia por aceptar como verdadera una cierta idea o proposición. A esto se le podría llamar hipótesis inicial. El tomarla como verdadera significa que los interlocutores la aceptan por una serie de razones, tal vez incluso culturales. Pero esto tampoco significa que se acepte como verdad final por sí misma. Se tienen que discutir a continuación las consecuencias que se seguiría en caso aceptar dicha proposición.

Debemos señalar, naturalmente, que el supuesto principio, que Sócrates llama su hipótesis, no es considerado como hipotético en el sentido de ser una “pura suposición”. Sócrates lo considera como punto de partida de un argumento porque lo supone verdadero, o porque es terreno común a él y a su interlocutor. Por otra parte, no se trata de presentarlo como verdad final evidente por sí misma. (Taylor, 1969, 132).

Llegado a este momento, se requiere de algo por parte del sabio; es decir, dentro del diálogo se encuentran los interlocutores que aceptan un concepto común como verdadero, pero además hay alguien que guía la conversación, y podemos llamar a éste “sabio”. El papel inicial que tiene, después de haber aceptado como algo común una proposición, es el del no-saber socrático, el cual consiste en no atreverse a adelantar conclusiones aceptando la propia ignorancia sobre el tema, dándole al interlocutor (o interlocutores) pauta para que presente todo el conocimiento que tiene sobre el tema (en este caso defendiendo la hipótesis y presentando argumentos a favor).

Posteriormente, en un tercer momento, el sabio comenzará a esgrimir una serie de preguntas bien estructuradas hacia el interlocutor, las cuales, aparentemente, apoyarán la hipótesis inicial. El propósito que tienen estas preguntas es que el interlocutor las logre responder de manera sencilla, pues versan sobre lo que él aparentemente sabe, y se aceptó previamente como hipótesis. Pero al responder correctamente las preguntas el interlocutor, lo que hace el sabio es simular que aquél tiene un conocimiento certero. Lo engrandece en un supuesto conocimiento que posee. Pero todo esto con el objetivo de que al final se muestre que en realidad no tenía razón el interlocutor. A este momento se le llama ironía, donde el sabio, entonces, simula que el interlocutor conoce bastante sobre el tema e incluso tiene la razón; sin embargo, más adelante todo se vendrá abajo cuando el mismo sabio muestre que estaba en un error al creer cierta proposición como verdadera el interlocutor.

La ironía, junto a los pasos anteriores, se basa en lo que se conoce en lógica como reducción al absurdo. Según esta estrategia lógica, se acepta una proposición inicialmente como verdadera, después se aceptan las consecuencias de las misma, para al final mostrar que de aceptarse dichas consecuencias se llega a una contradicción, lo cual significa que se vuelve injustificado aceptar la proposición original por llegar a absurdos.

De esta manera, llegamos al último momento de la dialéctica, la mayéutica. Esta se entiende como dar a luz a la verdad, según Sócrates. Es decir, la mayéutica consiste en, una vez aceptado que la hipótesis inicial conduce a conclusiones absurdas, buscar una nueva proposición a la luz de todo lo dicho durante el diálogo. Esta nueva proposición, que es la conclusión de todo lo dicho anteriormente, surge únicamente del interlocutor y no del sabio. En otras palabras: el resultado al que se llega estaba dentro del interlocutor, sólo que éste no lo tenía depurado; el papel del sabio fue ayudarlo a buscar en su interior la verdad, el conocimiento, y sacarlo a la luz, tal como lo hacen las comadronas al momento de traer al niño al mundo.

Entre la dialéctica y el daimón

Pues bien, el método dialéctico mostró que, en los cuatro momentos aquí expuestos, es el camino adecuado para llegar a la verdad. Primero se acepta una proposición llamada hipótesis. Posteriormente el guía de la discusión, el sabio, aceptará que él no tiene algún conocimiento, es decir, aceptará su ignorancia o no-saber. Para el tercer momento el sabio dará pauta para darle total razón al interlocutor, al grado de exaltar lo que éste sabe. Ya por último, mostrará que en realidad no tenía ningún conocimiento certero el interlocutor; se mostrará que la hipótesis inicial era en realidad falsa porque conduce a consecuencias absurdas.

Hipótesis, no-saber, ironía y mayéutica, son los cuatro momentos del método dialéctico. Son los pasos esenciales para que el sabio logre acceder a un conocimiento certero, fuera de las creencias y opiniones que rigen el sentido común. Este método, en otras palabras, es la vía de la cual se valió Sócrates para

lograr su objetivo de vida: desarrollar una búsqueda constante de la verdad y el conocimiento.

Ahora, volviendo al problema inicial de este trabajo sobre el daimón y la dialéctica, podemos llegar a una serie de conclusiones:

- La dialéctica es el método para lograr desarrollar una búsqueda del saber
- El daimón es una suerte de conciencia individual o voz interna que guía la acción.
- Sócrates posee un cierto daimón, un daimón característico, que guía sus acciones ligadas completamente a la búsqueda de la sabiduría y la verdad.
- Los sofistas poseen una conciencia individual que los guía de manera distinta a la de Sócrates. Los conduce en la consecución de bienes y honores.

Mencionado esto, ahora sí estamos en condición de responder a la pregunta inicial, la pregunta que se buscaba responder en este trabajo: “¿Es necesario que posea cierto daimón el filósofo para que pueda hacer un uso de la dialéctica dirigido a la búsqueda constante del saber? ¿O es que cualquier sujeto puede emular el método sin importar el daimón que posee?”

Pues bien, la respuesta siguiendo todo lo expuesto anteriormente podría ser la siguiente: el método dialéctico, en sus cuatro momentos, no puede ser llevado a cabo por un daimón que busque honores y bienes, ya que dicho método lo dirige el sabio. Y habrá que recordar que el sabio es una parte de la dialéctica que no busca remuneración o cree tener un conocimiento que puede transmitir, tal como lo pensaban los sofistas. Así, el método dialéctico, el método que permite acceder a la verdad y el conocimiento, no puede ser llevado por un daimón como el de los sofistas. En cambio, el daimón que poseía Sócrates sí permitiría desarrollar el método dialéctico en todos sus momentos, tal y como se expuso anteriormente. Esto era así porque, por un lado, el método dialéctico tiene como objetivo desarrollar una búsqueda constante del saber; por otro lado, el daimón socrático es un carácter que busca guiar la vida según la más alta perfección humana que es el saber y el conocer. De tal suerte, ambos elementos están

estrechamente ligados; el daimón socrático es un elemento necesario para que se pueda dar el método dialéctico. Si se da otro daimón o carácter, tal como el de los sofistas, no se podría desarrollar; al contrario, se convertiría en una herramienta que únicamente busca beneficios, algo contrario con la esencia del mismo método.

Bibliografía

- Luri Medrano(2004): Guía para no entender a Sócrates, Trotta, Madrid,pp.153-161
- Robledo, Gómez (1964): Sócrates y el socratismo, FCE, México.
- Platón (2008): *Diálogos I*, Gredos, Madrid.
- Lledó, E. (2008): “Introducción”, en *Diálogos I*, Gredos, Madrid.
- Jenofonte (2008): Apología de Sócrates, Recuerdo de Sócrates, Gredos, Madrid.
- Werner, J (1998). Paideia, FCE, México.
- Guthrie, W. K (1977). The Sophist, Cambridge University Press, London.
- Taylor (1970): Sócrates, FCE, México.
- Rodríguez, Moreno (1994): “Demonios y otros seres intermedios entre el hombre y la divinidad en el pensamiento platónico” *Fortunatae*, No 6, pp. 185-198.
- Peñalver, Patricio (1986): *Márgenes de Platón. La estructura dialéctica del diálogo y la idea de exterioridad*, Secretaría de publicaciones e intercambio científico, Universidad de Murcia.
- Snell (1965): *Las fuentes del pensamiento europeo*, Razón y fe, Madrid.
- Oscar García Rodríguez (2009): “Protectores y guías espirituales” en *Grupo Espirita de la Palma*. Disponible en: <https://grupospiritaisladelapalma.wordpress.com/2013/10/09/protectores-y-guias-espirituales/> (Consultado el día 20 de noviembre de 2015)
- Ferrater, M (1994) *Diccionario de Filosofía*. Disponible en <http://www.filosofia.org/enc/fer/fer.htm> (Consultado del día 20 de noviembre en adelante de 2015)
- Gill, M (2015): “Method and Methaphysics in Plato’s Sophist and Statesman”, en *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Disponible en: <http://plato.stanford.edu/entries/plato-sophstate/> (Consultado el 05 de enero de 2016)

